

Los prisioneros debían extremar la prudencia al realizar este tipo de transacciones. Si los descubrían robando algo, se los castigaba según el objeto sustraído, y las condenas iban desde las veinticinco flagelaciones —el temido *Fünf-und-zwanzig*— hasta enviarlos al Bloque 25 o directamente a la cámara de gas. El precio era demasiado alto, pero el riesgo valía la pena. «El que no arriesga no cruza el mar», repetía sin cesar Ada, y el refrán familiar se convirtió en un grito de guerra en el Kanada.

El primer trabajo de Ella en el Kanada fue despegar los forros de los abrigos, las blusas, las chaquetas y los pantalones, y hacer la misma operación con las suelas de los zapatos. Cada una de las prendas se inspeccionaba a conciencia, especialmente si se trataba de ropa interior de mujer. Cualquier dobladillo podía ser un buen escondite. Era allí donde los judíos deportados solían ocultar sus posesiones de mayor valor, ya fueran brillantes, rubíes, diamantes, piedras preciosas, joyas, collares de perlas o cualquier objeto de oro o billetes y monedas de cualquier país del mundo. Sin duda, este era el principal hallazgo y el más deseado por las SS, una fuente de riqueza que jamás habían imaginado; cuando la descubrieron, destinaron un comando especial de prisioneros para trabajar sin descanso. Los presos tenían orden de introducir cualquier objeto de valor que encontrasen en una caja de madera con una abertura en su parte superior, situada en el centro de una gran mesa que ocupaba buena parte del barracón. El trabajo de Ella incluía escribir un informe detallando todo lo que había llegado al Kanada, para después entregarlo en la oficina de la Administración del campo. Sin embargo, no tardó en encontrar otras cosas valiosísimas en sus manos y sin valor alguno para la codicia de los uniformados.

Una mañana, al descoser el dobladillo de un abrigo infantil de color azul marino, con el cuello de terciopelo verde y boto-

nes dorados, halló un pequeño papel doblado en cuatro. Se quedó observándolo sin saber cómo reaccionar, con la respiración acelerada. No le gustaba inspeccionar, ordenar y registrar la ropa de niño, en especial si era de bebé, porque le resultaba cruel pensar en la suerte que la vida les depararía a esas criaturas. Apenas se veían menores en el campo y eso solo podía significar una cosa. Tardó unos instantes en alzar la mirada, sin mover un ápice la cabeza. Ningún músculo de su cuerpo se alteró. Debía seguir su desempeño con la mayor normalidad posible. Comprobó que Frau Schmidt, la *kapo* supervisora del Kanada, no estuviera controlándola en ese momento: era una mujer ruda, gritona, capaz de vender a cualquiera bajo sus órdenes, si eso le hacía ganar la aprobación de las SS, y sigilosa como un espectro, ya que desaparecía y aparecía de la vista de las presas para cernirse como una sombra sobre ellas. Tampoco estaba pendiente de ella ninguna interna, preferían concentrarse en su trabajo. Volvió a mirar el trozo de papel. No podía dejarlo sobre la mesa ni tampoco eliminarlo sin más. Pensó en meterse-lo en la boca, pero todavía le quedaba mucha jornada de trabajo y era probable que se deshiciera y no tuviera más remedio que tragárselo. Quería saber lo que había garabateado en ese trozo de papel. Si alguien se había molestado en escribir una nota y esconderla en el dobladillo de un abrigo infantil, lo que tenía que decir sería importante.

Apenas lo pensó. Cogió el papel y con una destreza que a ella misma le sorprendió, se lo escondió en el sujetador. Bendijo pertenecer al bloque del Kanada y haberse podido quedar con una de las prendas más buscadas por las mujeres de Auschwitz-Birkenau. El sostén no solo era un artículo de lujo en el campo, sino que además representaba un billete para la supervivencia: en sus crueles selecciones, Maria Mandel y el doctor Mengele evaluaban los pechos caídos de las reclusas para dirimir si las enviaban directamente a la cámara de gas o les daban la oportunidad de trabajar y seguir con vida.

Un golpe febril la envolvió y ascendió en forma de descarga eléctrica por la espalda hasta alojarse en sus mejillas. Las sentía arder. Así de fácil había logrado ese rubor artificial que las presas se afanaban en conseguir antes de cada selección, pellizcándose las mejillas o haciéndose sangre en las yemas de los dedos o en el labio, para posteriormente extenderla sobre los pómulos hasta difuminarla y parecer más saludables.

Lo había hecho. Solo tendría que esperar a la noche para ver qué había escrito en ese trozo de papel.

La jornada se le hizo eterna.

Cuando por fin llegó la noche, Ella aprovechó el silencio que reinaba en su barracón, donde ya todas dormían, para rescatar la nota de su escondite. Se sentó en su camastro mientras desdoblaba con cuidado el trozo de papel. Celebró que fuese una noche de luna llena, y que la oscuridad no fuera total, aunque eso no evitó que tuviera que forzar la vista hasta distinguir una palabra de otra.

*Mi nombre es Jacob y mis padres se llaman Helena y David.*

Así rezaba el mensaje escondido en un dobladillo. Estaba escrito en primera persona, pero la letra no era la de un niño. Supuso que fue su madre quien decidió escribir ese grito de supervivencia, enviando un mensaje de socorro que seguramente llegaba tarde. Su reacción delataba el miedo que sentía ante la posibilidad de desaparecer, de que su pequeño se soltara de la mano de sus padres, pero también denotaba la esperanza de ser encontrado. Confiaba en que, dejándolo escrito, alguien lo ayudaría, alguien reaccionaría, alguien haría algo por él.

Aquella visión la revolvió por dentro.

Los días posteriores, Ella acudió al Kanada con más energía de lo habitual, ávida de seguir buscando en el interior de los dobladillos, de los forros, bajo las suelas de los zapatos, en el interior de los sombreros, en los bolsillos secretos cosidos en el en-

vés de las prendas, en el fondo de las maletas, en el revés de los bolsos, en los tirantes de los sujetadores, entre los encajes de la ropa interior de mujer. Estaba convencida de que habría más mensajes como el de Jacob, más trozos de papel, más palabras cosidas, prendidas, bordadas, escondidas entre los pliegues de la ropa. Era un nuevo modo de comunicación, una esperanza para la conversación negada; que no se pudiera hablar en el campo no significaba que no pudieran decirse cosas. Fue entonces cuando, de entre los montones de pertenencias que se apilaban en el Kanada, empezaron a aparecer ante sus ojos cartas escritas a mano, fotografías, retratos familiares, etiquetas bordadas con nombres, apellidos y direcciones. Mensajes escritos en las guardas de los libros, garabateados en las páginas de primeras ediciones, de tesis doctorales, de partituras, de diarios personales, de los pasaportes, trazados en documentos oficiales, escrituras de propiedad, títulos académicos, certificados de bautismo falsificados que no llegaron a representar el salvoconducto deseado para los judíos que los adquirieron... Cualquier trozo de papel era una posibilidad de sobrevivir a la muerte. La realidad volvió a darle la razón: todo empieza con una palabra.

Ella tenía orden de deshacerse de todo el papel que cayera en sus manos, arrojándolo al contenedor de hierro ubicado en una de las esquinas del enorme almacén, donde las llamas devorarían cualquier rastro de memoria y de vida pasada.

—Nada de esto es de provecho ni tiene ningún valor. A ellos no les hará falta allí donde van —decía, con una sonrisa lúgubre, el mando de las SS que daba las instrucciones a Frau Schmidt mientras señalaba las chimeneas del crematorio—. Y a nosotros no nos interesa. Es solo basura que ocupa un lugar que no tenemos —sentenciaba mientras quemaba unas fotografías acercando la llama de una vela al reverso de los retratos que, poco a poco y sin remedio, se fueron arrugando, consumiendo, tiñendo de negro y desapareciendo en un acervo de pavesas grises.

A Ella le horrorizó aquella imagen por lo que significaba. No se conformaban con quemar las vidas de los prisioneros una vez. Necesitaban hacerlo una segunda.

Pero el verdadero detonante de su particular resistencia en Auschwitz-Birkenau sucedió unos días más tarde, la mañana en que enviaron a Ella a recoger la ropa de los niños, que habían estado encerrados en uno de los barracones del campo.

Habían llegado en un transporte especial durante la noche, hacía unas dos semanas, y en vez de enviarlos directamente al crematorio, los mantuvieron con vida, alimentándolos dos veces al día, obligándolos a realizar una tabla de ejercicios y con el doctor Mengele haciéndoles visitas periódicas. Sus cabezas no fueron rapadas. Sus brazos no fueron tatuados. No les dieron el uniforme del campo. No los trasladaron al Bloque de la Cuarentena, ni los condujeron a las duchas para una desinfección rápida, como era habitual entre los recién llegados a Auschwitz. No les hicieron nada de lo acostumbrado. Hasta que una noche desaparecieron. A la mañana siguiente, ya no estaban. Nadie oyó nada. Nadie vio nada. Pero el barracón de los niños amaneció vacío. Solo quedaban sus ropas, que acabarían en el Kanada para su posterior registro.

Al entrar en aquel barracón fantasma, la respiración de Ella se evaporó como lo habían hecho los menores que horas antes ocupaban aquella estancia. Lo que vio en una de las paredes era difícilmente procesable. Tuvo que acercarse para desterrar cualquier rastro de incredulidad que actuara como protección ante el horror. Resultaba algo bastante común en el campo: no creer las atrocidades que se estaban cometiendo. Era el único modo de protegerse del miedo y la brutalidad. Exactamente como sucedía al otro lado de las alambradas electrificadas de los campos de exterminio, donde tampoco se quería ver ni creer lo que pasaba dentro para no verse obligados a digerirlo y gestionarlo.

Ella se aproximó a aquella pared con paso vacilante.

Los niños habían escrito sus nombres en ella, utilizando su

propia sangre. Junto a sus nombres y apellidos había otros, seguramente los de sus padres. También habían escrito pequeños mensajes, la mayoría de despedida y de amor hacia sus progenitores, hermanos, abuelos y amigos. Su trazo era irregular, como las firmas temblorosas que aparecían en algunos documentos de sus padres que Ella había visto en la Administración del campo. Sabían que iban a ser eliminados, la madurez les había sobrevenido en los quince días que estuvieron reclusos en el barracón. De una u otra forma, vislumbraron su destino. No querían morir pero, de tener que hacerlo, querían asegurarse de que alguien lo supiera. El nombre era lo que los distinguía de los demás, lo que los hacía únicos e irrepetibles. Fue una reacción improvisada, no respondía a ningún acto de soberbia, prácticamente anulada en aquel lugar. Era algo mucho más sencillo: el deseo de sobrevivir a la muerte, la humana reacción de rebelarse contra el olvido. Necesitaban que no los olvidaran para reivindicar que un día existieron. Si escribían su nombre, es que habían sido; significaría que un día habían existido y alguien los recordaría. Quizá se lo habían visto hacer a sus padres, o quizá el fin de su inocencia se hizo palabra de aquella manera. Una reacción limpia, sincera, natural. Encarar la muerte desde su propia identidad. Un acto de afirmación ante tanta barbarie, el último grito de libertad de unos pequeños a los que no les habían concedido el tiempo de aprender a rebelarse.

Ella alargó la mano para tocar aquellos nombres pero frenó su ademán en seco, como si alguien le hubiera golpeado los dedos. Pensó que rozar aquellas palabras trazadas con la sangre de los niños sería como profanar la memoria de quienes las escribieron. Sintió la necesidad de grabar en su mente aquellos nombres. Ojalá hubiera tenido un trozo de papel, una de esas postales que las SS entregaban a los prisioneros instándolos a escribir a sus familiares, cualquier soporte sobre el que transcribirlos, como los niños habían hecho sobre las paredes.